



Heberto Padilla (señalado por la flecha) y, de derecha a izquierda, Antón Arrufat, Pablo Armando Fernández, el pintor Mariano Rodríguez, José Lezama Lima, Álvarez Coseno y Roberto Fernández.

CUBA: LA REVOLUCION DISCUTIDA

RESUMIR el «caso Padilla» es notablemente difícil: sólo en los últimos días se han escrito en el mundo millares, o cientos de millares, de palabras acerca de este tema. Objetivarlo es más difícil aún: hay pasiones muy fuertes en medio. El poeta Heberto Padilla estaba incorporado a la revolución cubana, y así lo ha proclamado en varias ocasiones («para un escritor revolucionario no puede haber otra alternativa: o la revolución o nada»), pero en sus poemas se advertían posibles reticencias, distanciamientos, reservas con respecto al concepto dominante en La Habana de «revolución». El propio Padilla se hacía eco de las sospechas que despertaba, como en su breve poema «Dicen los viejos bardos»:

«No lo olvides, poeta.
En cualquier sitio y época
en que hagas o en que sufras
[la Historia,
siempre estará acechándote
[algún poema peligroso.

El 22 de octubre de 1968, un Ju-

rado nombrado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba dio el Premio de Poesía Julián del Casal a su libro «Fuera de juego», y los miembros del Jurado decían en su acta: «La fuerza y lo que da el sentido revolucionario a este libro es precisamente el hecho de no ser apoloético, sino crítico, polémico, y estar esencialmente vinculado a la idea de la revolución, como la única solución posible para los problemas que obsesionan a su autor, que son los de la época que nos ha tocado vivir». El libro se publicó, pero con unas palabras previas del Comité Director de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (U.N.E.A.C.), que constituían una dura crítica a Heberto Padilla, a partir del título de su libro, del «Fuera de juego», que, para ellos, indicaba ya «la autoexclusión del autor de la vida cubana», le acusaban de ambigüedad y, además, de actitudes básicas de «críticismo» y «antihistoricismo». «Ambas actitudes —decía la extensa declaración— han sido siempre típicas del pensamiento de

derechas, y han servido tradicionalmente de instrumento de la contrarrevolución». En la revista «Verde Olivo» —órgano de las Fuerzas Armadas— estas acusaciones de contrarrevolucionario se hicieron más violentas. La vida de Padilla —y la de su compañera Belkys Cuza-Malon— no ha sido fácil en Cuba desde entonces, pero ha podido continuar trabajando y escribiendo sin cambiar sus puntos de referencia. El 20 de marzo pasado Heberto Padilla fue detenido en su domicilio y encarcelado. Esta detención provocó una carta de solidaridad firmada por intelectuales del mundo entero. El 5 de abril, en la cárcel, Heberto Padilla firmó una autocrítica-confesión de unas cuatro mil palabras, en la que reconocía no ya sus errores, sino sus maldades, su egocentrismo y sus contactos con la C.I.A., y en ella acusaba de pertenecer a la C.I.A. a personalidades intelectuales con las que había tenido contacto —entre otras, el experto agrícola francés René Dumont, que había criticado la po-

lítica agraria de Castro, y el periodista K. S. Karol—. Esta confesión humillante provocó una segunda carta de intelectuales, encabezada por Sartre, y firmada por personalidades hasta entonces muy ligadas a la revolución cubana, suponiendo que la confesión había sido arrancada por la fuerza. Padilla, puesto en libertad el 27 de abril, repitió sus declaraciones ante la U.N.E.A.C., y, más tarde, en una entrevista con France Presse, criticó duramente a Sartre y a los intelectuales que habían intervenido en su favor. Numerosos artículos se han publicado en el mundo entero en torno a este tema y a los aledaños: el problema de la revolución y los intelectuales, el de la libertad de expresión, el de la dignidad humana... Concretamente, el desarrollo de la revolución en Cuba y sus variaciones, el de Castro y la educación, las costumbres, las modas, la sexualidad... Este resumen apenas enuncia la amplitud de un tema de gran envergadura. ■

BREVE DOCUMENTACION

ALGUNOS ANTECEDENTES

- Declaraciones de Guillermo Cabrera Infante a «Primera Plana», de Buenos Aires, 30 de julio de 1968.
- Declaración de la UNEAC sobre «Fuera de Juegos», 15 de noviembre de 1968.
- Respuesta de Heberto Padilla a Guillermo Cabrera Infante. «Índice», diciembre de 1968.
- 20 de marzo: Detención de Heberto Padilla en La Habana.

DOCUMENTOS POSTERIORES A LA DETENCION

- Carta del Pen Club de México a Fidel Castro desaprobando la detención de Heberto Padilla. «Excelsior», México, 2 de abril de 1971.

- Primer escrito de intelectuales europeos y latinoamericanos mostrando inquietud por la situación de Heberto Padilla.

- Carta autocrítica de Heberto Padilla al Gobierno revolucionario de Cuba, 5 de abril de 1971. Transmitida por Prensa Latina el día 26 del mismo mes.

- Artículo del periodista cubano Juan Arcocha en «Le Monde», París, 28 de abril de 1971: «El poeta cubano Heberto Padilla solamente pudo haber firmado su autocrítica bajo tortura», afirma. Esta afirmación será aseptada posteriormente por sesenta intelectuales europeos y latinoamericanos.

- Sesión de la UNEAC, a la que asistieron más de un centenar de escritores y artistas. Cincuenta y tres folios fechados el 29 de abril por Prensa Latina.

- Entrevista concedida por Heberto Padilla a la agencia France-Press. 2 de mayo de 1971.

- «Les trente-sept jours d'un poète», por Jean Daniel. «Le Nouvel Observateur», 3 de mayo de 1971.

- Declaración de Juan Arcocha en respuesta a la autocrítica de Heberto Padilla. Roma, 4 de mayo. AFP.

- Carta de Luigi Nono retirando su firma del primer escrito de intelectuales. Santiago de Chile, 4 de mayo de 1971.

- Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura (30 de abril de 1971). «Bohemia», La Habana, 7 de mayo de 1971.

- Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura el día 30 de abril de 1971. «Bohemia», 7 de mayo de 1971.

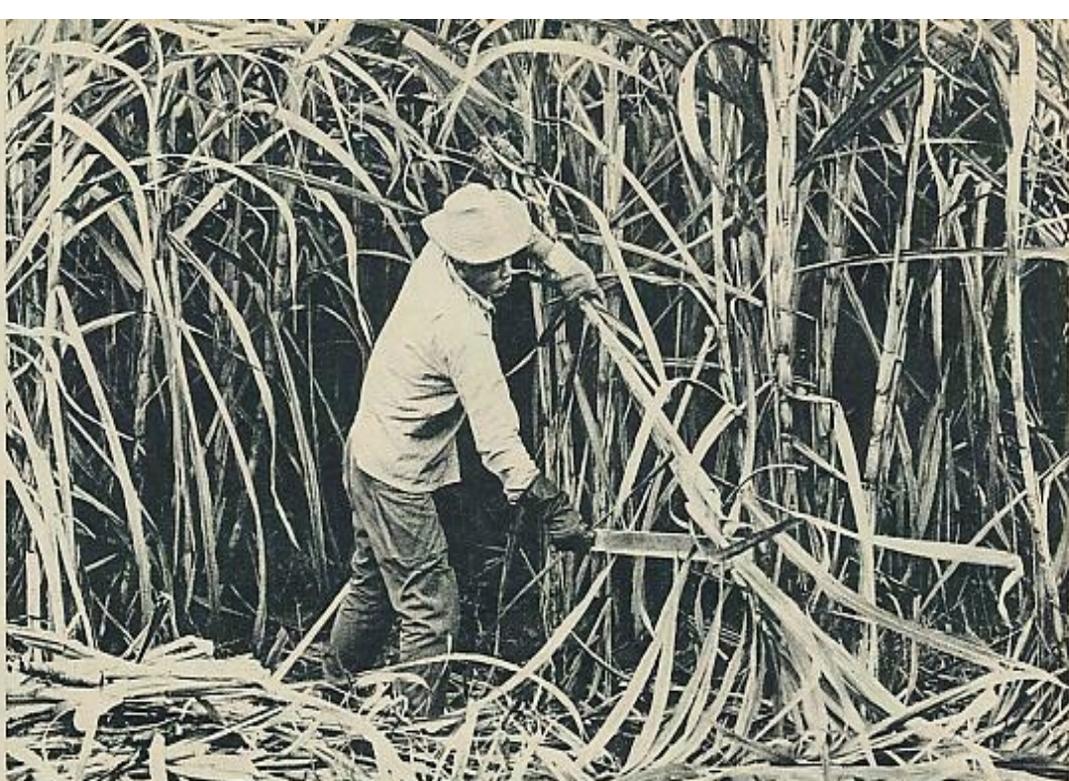
- Testimonios sobre este Congreso por los escritores y artistas Alejo Carpentier, Alicia Alonso, Onelio Jorge Cardoso, Mariano Rodríguez, Rafael Somavilla, Santiago Álvarez, Lisandro Otero, Sergio Corrieri, Manuel Moreno Fragnalis, Nicolás Guillén y Eliseo Diego. «Bohemia», 7 de mayo de 1971.

- Carta de Mario Vargas Llosa a la dirección de la Casa de las Américas. Mayo de 1971.

- Carta de la directora de la Casa de las Américas a Mario Vargas Llosa. 14 de mayo de 1971.

- Carta de sesenta intelectuales europeos y americanos al primer ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba. Diario «Madrid», 21 de mayo de 1971.

- Llamamiento de los intelectuales peruanos a los intelectuales de América Latina criticando las posiciones de Vargas Llosa. Sin fecha.



Corte manual de la caña de azúcar. Los diez millones de toneladas que se habían previsto, quedaron en ocho y medio.

¡VERGÜENZA Y CÓLERA!

ALFONSO SASTRE

LEO en un diario («Madrid», 21 de mayo de 1971) que sesenta intelectuales, europeos o establecidos en Europa, han creído conveniente expresar al primer ministro del Gobierno revolucionario de Cuba su «vergüenza» y su «cólera» con motivo del curso que ha venido tomando el llamado «caso Padilla» en aquel país.

Dramatizando un poco las cosas, yo diría que algo así como una cierta vergüenza y también una pizquita de cólera me ha producido a mí precisamente la lectura del escrito de los mencionados colegas, a la vista del cual no puedo dejar de hacer mi propia, modesta y personal comunicación en los siguientes términos. Me sorprende, sobre todo, en el escrito de referencia justamente lo que de negación del oficio de intelectual —sin «restricción» alguna de tipo «partidista»: hombres al servicio de la verdad, con un aparato epistemológico adecuado— hay en ese texto.

Contando —cierto que a modo de «rationabile obsequium», pues la verdad es que uno llega a pensar leyéndolo en un malévolo redactor— con la buena voluntad de sus firmantes, sorprende lo que de malamente abstracto hay en la

desdichada redacción de tal papel: mala abstracción, mecanicismo y otras aberraciones, objetables incluso desde el campo de la «Inteligencia» clásica, es decir, sin recursos a la filosofía revolucionaria y a la praxis política de la revolución cubana, objetivo de su crítica.

Analicemos el documento someramente: «El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla —se dice en él— sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias» (subrayado mío). Para los firmantes no existe duda alguna —¡ay, el «ars dubitandi» y sus hermosos beneficios intelectuales!— de que en Cuba se está dando «el desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas». En cuanto al acto de la U.N.E.A.C. fue, sin duda alguna, para los firmantes del escrito una «penosa mascarada»; definición, por cierto, extremadamente ofensiva para los compañeros Belkys Cuza, Díaz Martínez, César López, Pablo Armando Fernández, René Depeste, Norberto Fuentes, etcétera, que quedan tratados, con evidente des-

precio de la dignidad humana, como personajes carnavalescos. (¿Leyeron los firmantes —es un pequeño detalle— el texto íntegro de aquella sesión de la U.N.E.A.C.?)

Queda, pues, como **impensable** —¿por qué?— la hipótesis, por ejemplo, de una «personalidad» determinada y unos hechos objetivamente contrarrevolucionarios como posibles causas determinantes de la detención y de los caracteres del «lastimoso» escritor. Queda también excluida como **impensable** —¿por qué?— la hipótesis contraria a la que suscriben: la de un trato especialmente benévolo (¿se sonríen?) hubiera provocado el carácter exógeno —violencia policíaca— de tales «delirios»? Cierta anticomunismo vulgar y un grave desdén de la psicología son otras tantas fallas intelectuales —no hablamos ahora de los aspectos

tos políticos de la cuestión— observables en este manifiesto.

Los autores de la carta «preferen» a cualquier otra hipótesis —¿por qué?, ¿desde qué criterios?, ¿con qué información?— la de una «violencia» ejercida sobre el poeta durante su arresto. ¿O es el hecho del arresto lo que se denuncia? ¡Pero arrestos se han dado no pocas veces en Cuba después del triunfo de la revolución! ¿Por qué la cólera y la vergüenza de estos escritores empiezan ahora? Veamos que ellos nos dicen haber defendido vehementemente la revolución cubana. ¿Cómo, de pronto, ante la opción entre la conducta de un hombre —respetabilísimo, por cierto, pero «uno»— y un proceso tan complejo (y hasta ahora, según nos dicen, tan satisfactorio) toman las armas, ¡y con qué vehemencia, contra aquella revolución como «oscurantista», «dogmática», «culturalmente xenófoba» y «represiva»? ¿Qué ha pasado de ayer a hoy? ¿Es que los habían engañado sobre aquel proceso revolucionario y de ahí la anterior vehemencia con que, según dicen, defendían la revolución cubana? ¿El «caso Padilla» los ha sacado de su error? ¿De verdad encuentran en su información sobre el caso un fundamento teórico suficiente para pasar de la vehemencia admirativa a la vergüenza y a la cólera? ¿Por ventura se sienten intelectual, moral y políticamente cómodos en esa posición? ¿Han estudiado tan detenidamente los hechos en su, seguramente, compleja estructura como para pasar de considerar la revolución cubana como «un modelo» a denunciarla públicamente como un vástago del estalinismo y del terror? ¿El pasado y sus secuelas operan en ustedes como categorías fijas de su pensamiento, como «aprioris» fijados, absolutos, de su actual discurso intelectual? La analogía formal que sin duda existe entre ciertas autocriticas producidas durante el estalinismo —recientemente he trabajado en la edición, para los lectores de habla castellana, del «Trotsky en el exilio», de Peter Weiss, donde aquella tragedia se expone, por cierto, con insólita lucidez— y esta carta de Heberto Padilla, ¿se impone a ustedes de tal modo que les hace prescindir nada menos que del análisis concreto de los hechos? ¿Tanto imperio ejercen sobre ustedes los viejos clichés? Aquí les señalo lo que de «malamento abstracto» encuentro en su documento y lo que de inercia y pereza mental evidencia esa declaración. Con el horror que todos experimentamos ante los traslados mecánicos de las interpretaciones científicas de unos hechos a las explicaciones de otros, ¿qué les ha hecho caer en tal mecanismo? ¿Era o no era la Cuba de los años 60 otra cosa —ese «modelo» que ustedes mismos dicen—, otra cosa, repito, que la U.R.S.S. de los años 30? ¿Era y ya no lo es?

¿O no lo era y ustedes no supieron analizar aquella situación en sus visitas a la isla? ¿Qué fueron entonces: más turistas que científicos? ¿Extrapolaron su visión turística y la dieron vehementemente como sanción intelectual favorable a aquel proceso? Y si lo era —un modelo— y, ya no lo es, ¿cómo lo saben? ¿Y de qué manera ha podido suceder? ¿Un proceso se convierte en su contrario de la noche a la mañana y sin que cambien sus estructuras y ni siquiera alguno de sus personajes dirigentes? ¿Reconoceremos aquí su filosofía de la Historia? ¿Esa es la filosofía dialéctica de la que muchos de ustedes se reclaman? En el caso de que en Cuba se estuviera produciendo un endurecimiento en cuanto a los problemas culturales, ¿no parece que muestran ustedes una cierta impaciencia en darlo por hecho? ¿Y qué caracteres tendría? ¿No será por ventura que se estaban dando algunas aberraciones en la superestructura cultural con relación a los urgentes problemas de la base? ¿Advirtieron algo en ese sentido con ocasión de sus via-

jes a Cuba? ¿O el (más que otra cosa) liberalismo que regía la vida cultural y la autonomía absoluta de ese plano les producía tan cegadora satisfacción que les compensaba de cualquier otro problema que afectara —¡ah!, qué tema tan desagradable— a las grandes mesas? ¿Han analizado ahora el documento de conclusiones del reciente Congreso Nacional Cubano para la Educación y la Cultura? ¿No hay una cierta —alegre o, más bien, triste— precipitación en el estigma con que ustedes marcan, como infame, un proceso que hasta ahora les había parecido tan admirable y digno de alabanza?

También, sinceramente, me siento confuso ante la presencia, al pie del documento, de firmas de escritores a los que estimo y admiro con toda el alma. Hallo también los nombres de notorios oportunistas: estalinistas al revés —como ya les dije, de una vez para siempre, el querido Isaac Deutscher—. Pero esto no me extraña ni me importa.

Y, por fin, querido y admirado Jean-Paul Sartre: ¿Qué hace usted

ahí? Le hemos aplaudido en los últimos tiempos con verdadero fervor al encontrarle en la calle vendiendo un periódico, ignominiosamente perseguido y manteniendo muy justas posiciones frente a gigantes, tradicionalmente revolucionarios, de muy pesado andar (léase ahora P.C.F.). Hemos escuchado con atención sus palabras sobre la crisis de la concepción «clásica» del intelectual y sobre las nuevas perspectivas de lo que, hoy por hoy, es nuestro oficio. Usted ha llegado a plantearse la licitud o no de dedicar una parte de su tiempo a trabajar sobre Flaubert (y, afortunadamente, decidió hacerlo), movido por la necesidad de rechazar la imagen arquetípica del «intelectual clásico».

¿Cómo, de pronto, aparece ahora su firma al pie de una tan tónica muestra de la «intelligentsia» clásica: de un documento tan ligero, puerilmente colérico e irresponsable? «Atención, atención. Cuidese de las manipulaciones de la pseudoizquierda; la macrocefalia de algunos de esos colegas es su propia manera de ser acéfalos», le diría yo, que no soy nadie, con cierta desenvoltura. ■ A. S.

LA «VIA SOVIETICA» Y CUBA

CHARLES BETTELHEIM



Charles Bettelheim, director de estudios de la Escuela Práctica de Altos Estudios de París, visitó Cuba en varias ocasiones a invitación del «Che» Guevara y en calidad de experto en problemas del desarrollo económico. En España ha aparecido su obra «Problemas teóricos y prácticos de la planificación», editada por Tecnos.

¿POR qué ha rodeado el gobierno cubano de tanta publicidad el «affaire» Padilla, perjudicando así su propio prestigio y su autoridad internacional? ¿Qué es lo que le ha movido a montar ese siniestro espectáculo en el que un hombre, después de pasar más de un mes en las cárceles del país, ha lanzado una serie de acusaciones, tan innobles como ridículas, contra René Dumont y K. S. Karol? Acusaciones formuladas en un «estilo» que no tiene nada de Padilla, sino que es típico de la policía. Uno no puede resistir la tentación de plantearse todos esos interrogantes.

Buscar una explicación al «affaire» en la gran susceptibilidad de los dirigentes cubanos frente a cualquier crítica, no nos llevará muy lejos. Es verdad que estos dirigentes esperan cada vez más elogios y alabanzas de quienes siguen de cerca la situación en su país. Por eso les ha irritado profundamente los análisis de René Dumont y de K. S. Karol en sus libros sobre Cuba; sin embargo, no podría ser esa la única razón de esta empresa de difamación mundial. La amplitud dada al «affaire» Padilla, su difusión a gran escala a través de la agencia de prensa cubana demuestran claramente que se trata

Vestir bien solo exige minutos

Vestir el mejor traje, firmado

Boyman

realizado en tejido



la garantía
que acompaña
a las auténticas
prendas Tergal

Línea actual, para los que exigen vestir rápido y bien



de una decisión política que exige a su vez una explicación también política.

Esta explicación podemos encontrarla en los derroteros seguidos por la revolución cubana. Tras una curva ascendente de varios años —que sembró grandes esperanzas entre los partidarios del socialismo—, esta revolución ha entrado progresivamente en una fase de degeneración. Los esfuerzos iniciales, que dejaban entrever una transformación radical de las relaciones sociales, el desarrollo de un nuevo tipo de democracia y el fin de la subordinación a los mercados exteriores, subordinación debida a la monoproducción azucarera, han dado paso a prácticas de muy distinto signo. El gobierno cubano ha concedido cada vez más prioridad a objetivos «productivistas», ha tratado de reforzar el peso del sector azucarero, hasta el punto de provocar un retroceso en la producción de artículos capaces de cubrir las necesidades del pueblo cubano; al actuar de este modo, el gobierno de Cuba sólo ha conseguido que el país dependa ahora mucho más que antes de su principal cliente y abastecedor: la Unión Soviética.

Estos cambios han multiplicado las dificultades con que tiene que enfrentarse el país. Estas dificultades no son debidas a la «inexperiencia» de los dirigentes cubanos, como éstos gustan de afirmar, sino que tienen su origen en una línea política más o menos enraizada en las bases sociales de la revolución y en los puntos flacos de la ideología del Movimiento del 26 de Julio, que sigue siendo la ideología dominante. La influencia de estos factores, que hubiera podido reducirse poco a poco, se ha visto, por el contrario, reforzada por la política soviética. Los soviéticos han fomentado las tendencias antidemocráticas y han dado pleno apoyo a una política que le cerraba a Cuba las puertas de su independencia económica. Las consecuencias del camino seguido por la revolución cubana resultan cada vez más claras: a pesar de los esfuerzos heroicos y entusiastas del pueblo cubano, a pesar de los años de duro trabajo y de las considerables inversiones realizadas, el país ha registrado el fracaso de la zafra de 1970, proclamada objetivo número uno de la revolución; una situación económica profundamente degradada, dificultades diarias de abastecimiento y una aproximación cada vez mayor de la política exterior cubana a la



Fidel Castro ante una multitud de 100.000 personas que llena la plaza de la Revolución, La Habana, 1969, con motivo de cumplirse el décimo aniversario de su toma del poder.

CUBA: LA REVOLUCIÓN DISCUTIDA

soviética, como quedó ampliamente demostrado con motivo de la invasión rusa de Checoslovaquia.

Ahora, el pueblo cubano se pregunta: «¿Cómo es que se ha llegado a esta situación? ¿Cómo es que tantos años de esfuerzos no han producido otros frutos? ¿Cómo es que no se han mantenido tantas y tantas promesas?».

A estas preguntas, los dirigentes cubanos no han sabido o querido contestar. Ni siquiera han precisado cómo piensan sacar al país del atolladero en que está metido actualmente. Tan sólo se han dado breves indicaciones sobre este último punto, indicaciones, por otro lado, contradictorias.

Por un lado, en varios discursos pronunciados el pasado verano, Fidel Castro insistió en la necesidad de fomentar en el país relaciones más democráticas. Y, efectivamente, se dieron pasos iniciales en este sentido: se constituyeron «asambleas de producción» en las que los trabajadores podían formular toda serie de críticas y sugerencias.

Por otro lado, en vez de volver a examinar abiertamente su línea política y poner en tela de juicio la importancia unilateral concedida a la producción, los dirigentes cubanos han reforzado sus tendencias «productivistas» denunciando la «pereza» de los que no participan suficientemente en estos esfuerzos de producción, que nadie ha podido demostrar que estén bien orientados, y proclamando las «virtudes» del taylorismo, del sistema de normas, de los controles ejercidos sobre los obreros, etcétera.

Todo indica que los esfuerzos de democratización están fallando. En ausencia de un cambio

radical en la línea seguida, era natural que así sucediera. La democratización da vía libre a una serie de críticas que sólo podría aceptar un gobierno que siguiese una línea política profundamente revolucionaria. La contestación desde la base de los métodos de dirección, del carácter de arbitrariedad de las decisiones y de las cada vez mayores desigualdades sociales, no puede ser tolerada por una dirección política decidida a no modificar nada dentro de sus dominios.

En la actualidad, los dirigentes cubanos se apoyan en un aparato administrativo que está por encima de los simples trabajadores, que durante años no ha tenido cuentas que rendirles a éstos y que goza de una serie de pequeños y grandes privilegios. La impugnación de semejante estado de cosas —impugnación que hubiera sido consecuencia inevitable de un auténtico proceso de democratización— habría destruido una de las bases sociales del régimen, pero ni los dirigentes cubanos ni sus «amigos» soviéticos estaban dispuestos a aceptarlo.

En estas condiciones, de las perspectivas abiertas el año pasado no queda más que el «productivismo», el «taylorismo», la disciplina impuesta desde arriba. Esta orientación goza del pleno apoyo de los «amigos» soviéticos y de los amigos de estos últimos: los cuadros del antiguo partido socialista popular (comunista). La vuelta al primer plano de la escena política de estos cuadros —incluidos los menos populares, como Lázaro Peña, por ejemplo— es, en este sentido, muy significativa.

Este proceso de degeneración dentro de la revolución cuba-

na explica las acusaciones absurdas e ignominiosas pronunciadas contra René Dumont y K. S. Karol, cuyos libros circulan en Cuba bajo cuerda y son leídos con interés sobre todo por la juventud revolucionaria y estudiantil, inquieta ante las graves dificultades de su país.

Lo que buscan en estos libros los lectores cubanos no son consignas políticas, sino hechos y datos que no han sido publicados por la prensa cubana, y que necesitan conocer para formular una respuesta a las preguntas planteadas por la situación del país y el retroceso de la revolución. Por eso se comprende muy bien el empeño del gobierno cubano por desacreditar tales obras a los ojos de los revolucionarios y de la juventud estudiantil: de ahí la estúpida acusación de ser «agentes de la C.I.A.» lanzada contra Karol y Dumont; de ahí que se haya insistido tanto en los círculos estudiantiles en la «edad» de René Dumont. Está claro, en efecto, que es en el seno de la juventud donde madura una nueva generación revolucionaria, una generación que se interroga asimismo apasionadamente acerca de la historia pasada de la revolución, los errores cometidos y las razones por las que han surgido nuevos privilegiados, miembros de esa «alfacracia» (1) cuya existencia simboliza la «vía soviética» seguida por la revolución cubana. ■ CH. B.

(1) En efecto, desde hace varios años, el gobierno cubano importa Alfa Romeo destinados a los cuadros superiores medios más «merecedores». Estas importaciones, realizadas mientras el país carece de divisas y los medios de transporte colectivo son muy deficientes, constituyen el signo más visible de la aparición de una nueva clase privilegiada.